

Si así fuese, con razon podria ella quejarse de Dios, y decirle : Dios omnipotente, si mi inmortalidad no es mas que un sueño, si esta que se llama vida ha de ser mi último fin, si he de suspirar por un bien que no hay en la naturaleza, si debo un dia volver á la nada cuya sola idea me horroriza, ¿por qué criarme? ¿por qué hacerme sufrir? ¿por qué darme esta inclinacion irresistible hácia un bien infinito y eterno? Ó dadme la inmortalidad, ó arrancad de mi seno este deseo que con vuestra misma mano sembrásteis. Tales, oyentes, serian los justos desahogos de nuestra alma, si Dios no le hubiese señalado la inmortalidad por dote, y una vida eternamente feliz por término. Pero no, que Dios no se burla del hombre. Él nos ha dado este deseo innato de una vida eterna y dichosa, y él nos la tiene preparada despues de esta vida infeliz y mortal. Él nos tiene destinados á vivir con él, á reinar con él, á ser eternamente dichosos con él. ¿Puédese concebir un destino mas alto y noble que este? ¿Lo tienen mas alto y noble los Santos, los Ángeles, María santísima, el mismo Dios?

Hé aquí, fieles, cuánta es la excelencia del alma, ya se la considere en el orden natural, ya se la mire en el orden de la gracia, ya se la contemple en el orden de la gloria. ¿La creáis vosotros tan noble y excelente? No, que si tal la hubiéseis creído, ni la hubiérais manchado con culpas, ni degradado con torpezas, ni envilecido con vicios, ni vendido al demonio por un vil precio. ¡Ah! tratadla al menos en adelante con mas miramiento y consideracion. Ya que es una hermosa imágen de Dios, cuidado en mantenerla limpia de toda culpa : ya que ha sido rescatada con la sangre de Jesucristo, cuidado en no entregarla de nuevo al demonio : ya que ha sido criada para el cielo, cuidado en no privarla de tan glorioso destino. Amen.

**DOMINGO DÉCIMOQUINTO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

El evangelio de este domingo consiste en una relacion detallada que hace san Lucas de un esclarecido milagro obrado por Jesucristo cerca la ciudad de Naim, donde resucitó al hijo de una viuda, vecina de aquella ciudad, al tiempo que era llevado al sepulcro. Cuáles sean los asuntos morales que mas naturalmente pueden sacarse de este milagro, fácilmente se conocerá atendiendo á una circunstancia que nota expresamente el mismo evangelio, cual es, que el difunto era jóven : Adolescens. De esta sola circunstancia es evidente que pueden deducirse muy bien estos tres puntos : la necesidad de estar siempre preparados para morir, la obligacion de comenzar á servir á Dios desde la primera edad, y el mal hábito, ó sea el pecado de costumbre.

Para el primero se tomará el texto : Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ ; y se dirá : «Hoy tenemos en el evangelio el espectáculo de un muerto que conducian á enterrar en ocasion que Jesucristo llegaba á la pequeña ciudad de Naim. No creáis que el difunto fuese algun viejo, algun decrepito, ó algun hombre gastado por una larga enfermedad habitual ; era un jóven de salud vigorosa, de complexion robusta, de temperamento fuerte y sano. ¿Qué pretende la Iglesia con ponernos á la vista el cuadro de un hombre conducido al sepulcro en la flor de sus años? Es fácil comprenderlo : pretende recordarnos la fragilidad de nuestra vida, la brevedad

«é incertidumbre de nuestros dias, y la necesidad de estar siempre dispuestos para morir y dar cuentas á Dios. Comprendo que este recuerdo no ha de ser muy grato á los amadores del mundo, á los idólatras de su cuerpo, á los que no se hallan dispuestos para comparecer delante del supremo Juez. Pero ¿puedo yo separarme de la intencion de la Iglesia? ¿puedo yo dejar de hablar de la necesidad de estar siempre preparados para morir, por no herir la delicadeza de algunos, que sin duda serán los que mas necesidad tienen de esta advertencia? No, fieles, yo no puedo hacerlo sin oponerme á la intencion de la Iglesia, sin faltar á lo que exige de mí el ministerio pastoral, y sin perjudicaros á vosotros mismos en los mas preciosos intereses. ¿Y qué os diré para induciros á una pronta preparacion para la muerte? Esta sencilla proposicion: Quien no se dispone para morir mientras está en salud, puede estar moralmente cierto que morirá indispuerto, y de consiguiente condenado.»— Para probar esta proposicion se sentará por principio, que no se muere sino de uno de estos tres modos: ó de una muerte repentina, como sucede en un naufragio, en un combate, en una apoplejia completa, etc.; ó de una muerte, no que pueda llamarse repentina, pero sí muy precipitada y pronta, como acontece en las enfermedades agudas que en pocas horas, ó al menos en pocos dias, llevan á los extremos de la vida; ó de una muerte lenta, y precedida de una enfermedad bastante larga para tener tiempo de pensar en sí y disponer los negocios del alma. Es evidente que morir del primer modo, despues de haber vivido siempre en pecado; es morir réprobo, ó á lo menos morir con muy poca esperanza de salvacion. Es igualmente claro que morir del segundo modo, habiendo vivido siempre en la culpa, es morir condenado, á no ser que Dios haga un milagro, como lo hizo con el buen ladron, á quien concedió la gracia rarísima de convertirse cuando ya estaba agonizando

sobre la cruz. Es tambien cierto que morir del último modo, despues de haber pasado la vida en los delitos, generalmente hablando es morir impenitente, ó al menos salir de este mundo con una penitencia muy dudosa; ya que dudosa, y muy dudosa es la penitencia que se hace en los extremos de la vida. De lo que resulta, que de cualquier género de muerte que se muera, si el cristiano no se ha preparado estando en salud, es moralmente cierto que morirá indispuerto. Dejamos á la discrecion de los curas ensanchar estos tres pensamientos del modo que juzguen mas conveniente. Nosotros nos abstenemos de hacerlo, porque la materia es óbvia y trivial.

Para el segundo asunto se tomará el texto: Adolescens, tibi dico, surge; y se discurrirá de este modo: «Iba Jesús, dice el evangelio, á una ciudad de Galilea llamada Naim, é iban con él sus discípulos y una gran multitud de pueblo. Cuando ya estaba cerca de la ciudad, hé aquí que sacaban fuera á un difunto para enterrarle, y este era hijo único de una viuda, la cual, acompañada de un gran séquito, seguía el féretro llorando. Viendo el Salvador su afliccion, se compadeció de ella, y le dijo: Mujer, no llores. Y haciendo parar á los que llevaban el ataúd, llamó al difunto, diciéndole: Joven, levántate, que yo te lo mando: Adolescens, tibi dico, surge. No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando el difunto se incorporó quedándose sentado, y se puso á hablar. ¿Qué quiere decir, cristianos, que todos los muertos que resucitó el Salvador eran jóvenes, y no se lee que resucitase ningun viejo? ¿Habrá en esto algun misterio? Sí que lo hay, y muy grande; y es que el tiempo mas favorable para merecer la vida eterna, de la que son figura aquellas resurrecciones, es la juventud; de modo que quien en esta edad comienza á servir de veras á Dios, tiene una certeza moral de su eterna salvacion. Esta verdad me induce naturalmente á hablaros de la obligacion que hay

«de servir á Dios desde la primera edad, y de las grandes ventajas que resultan del cumplimiento de esta obligacion.»—Sigue el cuerpo de la plática puesta en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 82.

El mal hábito.

Et resedit qui erat mortuus,
et cepit loqui. (Luc. vii, 15).

Al acercarse Jesucristo á una ciudad de Galilea llamada Naim, encontró un cortejo fúnebre que conducía á un difunto á la última morada. El tal difunto era un mancebo á quien la muerte habia segado en flor, sin que tuviese en cuenta ni la lozanía de sus años, ni la fuerza de su robustez, ni el vigor de su temperamento y complexion. Era hijo único de una pobre viuda, la cual, como podeis suponer, sentia vivísimamente su muerte, y la lloraba con lágrimas irremediables. Viendo el Salvador su desconsuelo, tuvo de ella compasion, y la dijo: Mujer, no llores. Y haciendo parar á los que llevaban el ataud, dijo al difunto: Joven, te mando que te levantes. ¡Cosa admirable! Inmediatamente el difunto se sentó, y comenzó á hablar: *Et resedit qui erat mortuus, et cepit loqui.*

Si vosotros, cristianos, comparais esta resurreccion con otra que el mismo Jesucristo obró en la persona de Lázaro, desde luego notaréis entre una y otra una gran diferencia. Para resucitar á este joven, Jesucristo no empleó mas que esta simple palabra, *Surge*; pero para resucitar á Lázaro lloró, suspiró y dió un grito muy alto. ¿Por qué este diferente modo de obrar? Para enseñarnos, fieles, que hay mucha dife-

rencia entre un cristiano muerto á la gracia por uno ú otro pecado actual, y otro que, añadiendo al pecado actual el mal hábito, ha contraido la costumbre de pecar. Aquel resucita fácilmente á la gracia, no necesitándose muchas veces mas que un simple llamamiento de Dios; pero este se resiste á la resurreccion, y para lograrla no bastan á veces grandes gritos y llamamientos. ¡Oh si yo supiese pintaros los horribles efectos que el mal hábito produce en el hombre, los obstáculos que opone á su conversion, y la imposibilidad moral de recobrar la gracia en que le coloca! ¡Qué cuidado tendríais en no contraerlo! ¡qué horror os causaria el haberlo contraido! ¡qué diligencias haríais para extirparlo! Pues, aunque no presumo pintarlo con sus verdaderos colores, haré sin embargo tres cosas: os explicaré cómo se forma en nosotros el mal hábito: os haré ver los tristes efectos que produce una vez está formado: os indicaré los medios por los cuales se puede desarraigar.

¿Cómo se forma, pues, en nosotros el mal hábito, ó lo que es lo mismo, la costumbre de pecar? Oidlo. En la infancia por lo comun todos tenemos el corazon bueno, dócil, flexible, y naturalmente inclinado á Dios. El vicio, ó no lo conocemos, ó lo conocemos tal como realmente es, es decir, feo, abominable, digno de huirlo, y ordinariamente lo huimos. La virtud se nos presenta con su fisonomía propia y natural, esto es, hermosa, amable, digna de ser abrazada, y por regla general la abrazamos. En aquella dichosa edad una manzana que hurtemos á la madre, es cosa que alarma nuestra conciencia; una palabra poco comedida que digamos á otro niño, es cosa que pone en agitacion nuestro espíritu; una accion menos decorosa que hagamos en la iglesia, es cosa que nos hace acelerar el dia de la confesion. ¡Ay Dios! ¿y por qué no

nos morimos en sazón tan buena? ¿por qué una muerte prematura no viene á segarnos en flor, y antes que el hermoso lirio de nuestra inocencia quede agostado por el calor de las pasiones? ¡Cuántos pecados, cuántas bajezas, cuántos castigos nos ahorráramos!

Pero de un día á otro nos mudamos de tal modo, que no parecemos los mismos. Un mal compañero que los padres no han tenido cuidado de desviar, una pasioncilla que el maestro no ha sabido corregir, un mal ejemplo que dentro ó fuera de casa se nos ha dejado ver, hé aquí lo que ordinariamente comienza á apartarnos del buen camino, y nos echa en la senda de la perdición. No quiero decir que nos hagamos malos de un golpe, no: al principio el pecado nos hace miedo, nos resistimos á cometerlo, y por algún tiempo estamos balanceando entre el sí y el no. Pero despues de una resistencia mas ó menos larga, al fin cedemos, consentimos, damos el salto mortal, y por primera vez perdemos la gracia, á Dios y el cielo. Con el golpe de esta primera caída nuestra alma despierta, abre los ojos, ve y considera lo que ha hecho. ¡Oh Dios! ¡qué espanto es el suyo! Se horroriza de sí misma, se estremece de su debilidad, no halla expresiones bastante severas para reprenderse y acusarse. No descansa, no sosiega, no vive hasta que ha ido á descargarse de su peso en la confesion. El confesor apenas sabe qué decirle para consolarla: tal es su desconsuelo, tal su afliccion, tal su quebranto. En fin la alienta, la anima, la absuelve.

Pero ¿qué? apenas repuesta del primer susto, se vuelve hácia el objeto que la hizo caer. Nueva caída, nueva culpa, nueva confesion; pero caída que ya se siente menos, pero culpa que ya no hace tanto horror, pero confesion no ya tan pronta, dolorosa y humilde como la primera. ¿Qué es esto, alma infeliz? ¡Qué ha de ser! Es que ya comienza á brotar la

primera semilla, es que el mal hábito empieza ya á formarse. Adelante, que no tardará en venir otra embestida de la carne, y tras de ella otro pecado. ¡Oh! dice entonces, esto es muy molesto tener que acudir al confesor cada semana. Sigamos así; y sean los que fueren los pecados que en el entretanto cometa, los confesaré todos de una vez, ya que la absolucion lo mismo borraré mil que uno.—¿Todos los confesarás de una vez? Pero y aquel desasosiego, aquella impaciencia por confesarte luego que hubiste cometido el primer pecado, ¿dónde está?—Ahora, dice, ya es otra cosa. Aquella fue la primera culpa, y era natural que hiciese mas impresion y temor; mas ahora ya comienzo á conocer que el pecado tambien puede cometerse sin temor y sin susto.—Y sobre todo, respondo yo, puede cometerse sin susto ni temor, cuando la repeticion de culpas ha ya quitado la vergüenza, y formado aquello que se dice mal hábito, ó costumbre de pecar.

Pero ¿sabrias tú decirme á qué abismo se ha echado una alma que ha contraido este hábito ó mala costumbre? Óyelo, óyelo, y si todavía te resta algo de fe, no dejarás de horrorizarte. El alma que ha contraido el hábito de pecar, se halla en una imposibilidad moral de convertirse; porque el mal hábito se opone poderosa y constantemente á su conversion. Por muy pecadora que sea, no deja ella de conservar algunos buenos sentimientos que de tiempo en tiempo se le despiertan; por muy abismada que esté en el mal, no deja de levantar de vez en cuando sus ojos al cielo, y de formar sus pensamientos de convertirse á Dios. ¡Ah! estos sentimientos son muy buenos en sí, y podrian conducirla á una verdadera conversion, si no hallasen obstáculo. Pero hay atravesado un obstáculo terrible, y es el mal hábito que ha contraido. Este mal hábito la hace resistir á todos los buenos deseos de su corazón, á todos los gritos de su conciencia y á todos los movimientos

de la gracia. La gracia la excita á salir del vicio, y el mal hábito la retiene en él : la gracia la llama, y el mal hábito no la deja responder : la gracia le ofrece el perdon, y el mal hábito no le permite aceptar el ofrecimiento. En este estado infeliz el pecador hace algun movimiento para salir de la culpa, pero la mala costumbre no le deja adelantar un paso : da algunas miradas hácia el cielo, pero la mala costumbre la tiene inmóvil en sus cadenas : se vuelve un poco hácia Dios, pero la mala costumbre la hace volver luego á su centro. Ella ve buenos ejemplos que la enamoran, oye sermones que la conmueven, siente en sí misma grandes deseos de confesarse, convertirse y emprender una vida cristiana; pero viene la mala costumbre, ahoga estos sentimientos, trastorna estos planes, y deja sin efecto todas las resoluciones. ¿Cabe un tirano mas cruel?

¡Ay! cristianos, y todo esto es muy verdadero, y todo esto nosotros lo palpamos todos los días en el confesonario. ¿Cuántas veces nos sucede decir á un pecador : hijo mio, es menester renunciar á ese comercio infame, es necesario separarse de esa persona que os pierde : yo os lo aconsejo, yo os lo suplico, yo os lo mando de parte de Dios? ¿Y qué responden á esto? Padre, nos dicen, yo quisiera, yo lo deseo, pero no puedo.—¿No puedes?... Haz un esfuerzo, recurre á Dios, llama á María santísima.—No puedo, padre, no puedo.—¿Pero no ves, hijo, que te vas á la perdicion eterna? ¿no comprendes que esta es una soga con que el demonio te tiene prendido?—Sí, lo veo, lo comprendo; pero no puedo.—¿Y por qué no puedes?—Porque el hábito de pecar que he contraído, es mas fuerte que todas las resoluciones que yo puedo formar.—¡Y qué! ¿piensas vivir y morir así?—Allá lo veremos, padre; lo que es por ahora el mal hábito gana, vence, triunfa.—¿Lo entendeis, cristianos? Esto os

dice, que es menester velar mucho; porque si llegais á caer en alguna mala costumbre, tal vez no hallaréis quien os saque de ella, tal vez no sabréis dejarla, aunque querais.

Comprendo, dirá alguno, que en el fuego de la juventud, que en la fuerza de la edad, que en el calor de las pasiones ha de ser difícil quitar un mal hábito; pero con el tiempo el hombre se hace mas cuerdo, conoce mejor las cosas, y entonces lo renuncia todo de una vez.—No repetiré aquí lo que otras veces he dicho contra la vanidad de esa pretension; solo diré lo que dice el Espíritu Santo acerca del pecador habituado. Las malas costumbres de su juventud, dice, penetrarán en sus huesos, y le acompañarán hasta la tumba : *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus, et cum eo in pulvere dormient*¹. Esto quiere decir, que en la vejez sus malos hábitos tienen la misma fuerza que en la juventud, de suerte que aunque él sea muy anciano, y no tenga ya ni fuerzas, ni vigor, ni energía; no obstante en lo que toca á la perversidad del corazón, á la malicia de la voluntad, él es siempre jóven, fuerte y robusto.

¿Y que no vemos todos los días á ciertos viejos, que teniendo ya un pié dentro del sepulcro, son tan blasfemos, tan impuros, tan brutales como pudieron serlo en la juventud? ¿Cuántos hay que, no pudiendo ya cometer las torpezas de la mocedad, se indemnizan de esta privacion revolviéndolas brutalmente en su memoria? ¿cuántos que conservan el amor á la concubina, tan decrepita ya como ellos mismos, hasta el fin de la vida, y aun se acuerdan de ella en su último testamento? ¿Cuántos que ni en su última enfermedad quieren ver á su enemigo, ni restituir lo ajeno, ni despedir la amiga, ni abstenerse de los manjares y bebidas á que se acostumbra-

¹ Job, xx, 11.

ron desde jóvenes? ¿Y diréis que, si bien es difícil dejar el mal hábito cuando se es mozo, se deja fácilmente cuando se va entrando en edad?

Los que todavía no habeis contraído malos hábitos, alerta con ellos. Velad mucho sobre vosotros mismos, por temor de que no contraigais alguno sin advertirlo. Desde el momento que os apercibais de que caéis frecuentemente en un mismo pecado, por ligero que os parezca, arracadlo luego, y antes que eche mas hondas raíces. Sobre todo en vuestras confesiones registrad escrupulosamente el fondo de vuestro corazón, y parad la atención en aquellas culpas á que os sentís mas inclinados, y que cometéis con mas facilidad. Cuando las habréis notado bien, no os pareis aquí, sino haced un esfuerzo saludable sobre vosotros mismos, arracadlas de vuestro espíritu, á cualquier precio que sea. No ahorreis pena, trabajo ni diligencia por desalojar de vuestro corazón un enemigo tan temible, que pretende establecerse en él; seguros de que si lo logra, pronto llamará á otros, y despues no sabréis cómo hacerlo por libraros de ellos.

Por lo que hace á vosotros que habeis ya caído en este espantoso precipicio, ¿qué podré deciros? ¡Ah! tal vez sería mejor que yo emplease mis lágrimas en pedir á Dios vuestra conversión, que no que gaste palabras en persuadiros y exhortaros. No lo digo porque desespere enteramente de vuestra enmienda y conversión, sino porque sé, y deseo que vosotros tambien lo sepais, que es muy dificultosa. Sí, dificultosa es, pero no imposible; y sin duda la conseguiréis, si poneis en práctica los medios que voy á indicar.

Antes que todo, haceos cargo que san Pablo llama el mal hábito cuerpo del pecado: *Corpus peccati*¹. Esta expresion

¹ Rom. vi, 6.

es muy significativa, y os indica la táctica que debeis observar en combatirlo. En la guerra una cosa es el cuerpo del ejército, y otra cosa son las alas. El cuerpo, ó llamémosle centro, es la parte que está al medio; las alas son las partes que defienden los lados. Para derrotar un ejército no basta destruir las alas, es menester descomponer el centro ó el cuerpo; porque mientras este permanezca entero, irá enviando siempre á las alas nuevas tropas, que llenarán las bajas de las que hubieren sucumbido. Pues bien: en el pecado suele haber tambien dos cosas, el cuerpo y los miembros. El cuerpo es el hábito que está dentro, los miembros son los actos que se producen fuera. No basta cortar los actos, es menester destruir el hábito: porque mientras este permanezca intacto, irá enviando refuerzo á los miembros, y será causa de nuevas culpas.

El hábito se destruye por el mismo estilo que se formó. Él se formó á fuerza de repetir actos malos de una misma especie: por ejemplo, el hábito de jurar se formó con la repetición de muchos juramentos, el de robar con la multiplicación de muchos robos, el de fornicar con la repetición de muchas deshonestidades, etc. Pues, por la razón de contrarios, con la frecuencia de actos opuestos se destruirá mas ó menos pronto el hábito pecaminoso: con la frecuencia de mortificaciones corporales se destruirá el hábito de la impureza, con la multiplicación de limosnas el de la codicia, con la repetición de rezos el de la blasfemia, etc.

Para combatir de este modo y con buen resultado el mal hábito, es menester mucha decisión; porque él no acostumbra ceder á una voluntad débil, floja y lánguida. Yo quisiera enmendarme, dice un pecador habituado.— ¡Quisiera!... ¿y por qué no dices *quiero*? ¿Qué significa esa palabra *quisiera*? En buena gramática no significa otra cosa que un deseo de en-

mendarse, una enmienda ideal, imaginaria, y en solo proyecto. ¡*Quisiera!*... es decir que todavía no quieres, ó cuando mas, que solo tienes una voluntad á medias, indecisa, irresuelta. ¡Ah! si realmente quieres salir del mal hábito, no has de decir *quisiera*; sino *quiero*: y dicho esto, manos á la obra, no vacilar, no esperar, no perder el tiempo en deseos y en proyectos. Porque cuanto mas tardarás, mas hondas raíces habrá el hábito echado en tu corazon, y mas difícil te será arrancarlo.

El hábito, dicen los teólogos, es una cualidad fuertemente pegada á la persona, una disposicion terca y tenaz, que no se separa sino á duras penas: *Qualitas difficilè mobilis*. Esto quiere decir, que al hábito se le ha de quitar todo lo que puede favorecerlo, y se le ha de aplicar todo lo que puede contrariarlo. Y así, afuera ocasiones exteriores, que suelen ser las que lo conservan y lo fomentan: afuera aquel juego, que conserva el hábito de blasfemar; afuera aquella amistad, que mantiene la costumbre de fornicar, etc. De este modo, y esperándolo todo de la gracia de Dios, que nunca falta á los que la piden, triunfaréis del mal hábito, y os veréis libres de esa fatal costumbre que infaliblemente os conduciría á la eterna perdicion. Amen.

DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Lo primero que llama la atencion en el evangelio de este dia, es la cuestion que el Salvador propuso á los fariseos sobre la observancia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. Como desde luego se ve, este texto brinda á predicar de un asunto muy necesario, especialmente en parroquias industriales ó fabriles, cual es la santificacion de las fiestas. Este asunto puede proponerse en esta forma: «Refiere el evangelio, que comiendo Jesucristo con algunos fariseos en un dia de sábado, estos espiaban todas sus acciones, y observaban maliciosamente cuanto hacia, para ver si hacia algo que fuese contrario á lo que ordenaba la ley sobre abstenerse en tal dia de toda obra servil. Jesucristo, que conocia perfectamente las malas intenciones de sus enemigos, habiendo visto delante de sí á un hombre hidrópico, preguntó á aquellos maliciosos, si era licito curar á un enfermo en el dia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. A cual pregunta no habiendo ellos querido, ó mejor dicho, sabido contestar, él curó al enfermo, y le despidió. ¿Por qué Jesucristo propuso esta cuestion á los fariseos? ¿Dudaba por ventura él de que era permitido practicar una obra de caridad en dia de fiesta? Nada menos: la cuestion se la propuso á fin de enseñarles, que la santificacion de las fiestas no consiste en es-